

De Ixtapa a Washington

Las Cumbres de Agosto

POR LORENZO MEYER

CREO que sería una falta de sensibilidad, y quizá de cortesía, no darme por enterado de los esfuerzos desplegados por la diplomacia mexicana en pro de las mejores causas del mundo y de México en las reuniones de agosto, en Ixtapa primero y en Washington después. La enorme cantidad de dinero, tiempo y esfuerzo que el Gobierno Federal gastó en preparar los actos y en propagar lo que ahí se dijo y acordó, nos obliga a todos los comentaristas a darnos por enterados.

Como casi todo el mundo sabe, la reunión del Grupo de los Seis en Ixtapa abordó un tema absolutamente legítimo y de una importancia tan grande que no es posible exagerarla: el peligro que corre el mundo de perecer en un holocausto atómico. Por este solo hecho, uno mis aplausos al de la multitud de mis colegas que lo dieron desde el principio y de una manera muy sonora.

★

AHORA bien, el que un tema sea urgente y muy legítimo —poner un alto a la carrera armamentista de las potencias atómicas— no garantiza el éxito de las reuniones y esfuerzos que se hagan en su nombre. Todos recordamos, por ejemplo, la insistencia del presidente Echeverría por que el mundo aceptara jugar con las reglas de su Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados. También viene a la memoria el esfuerzo del presidente López Portillo por abrir los ojos de todas las naciones ante la necesidad de crear un nuevo orden petrolero mundial o de revivir el diálogo Norte-Sur. Las tres iniciativas partieron de premisas muy loables, pero desgraciadamente fuera de

México nadie les hizo el menor caso, son ahora piezas de museo. Mucho me temo que eso pasará con los acuerdos de Ixtapa.

La prensa norteamericana simplemente ignoró la reunión de Los Seis. A nosotros se nos informó hasta el exceso por radio, prensa y televisión de lo que ocurrió a la orilla de las bellas —aunque generalmente no muy limpias— playas de Ixtapa Zihuatanejo. Sin embargo, esa información equivalió a predicar entre los conversos. No había necesidad de la reunión en Ixtapa para que los mexicanos supiera-

mos que en la carrera atómica actual tenemos todo que perder y nada que ganar. De lo que se trataba era de predicar, y con éxito, entre los infieles —en Estados Unidos y en la URSS— para que la opinión pública detenga la locura del gasto multimillonario en armas atómicas. La URSS recibió bien el mensaje de Ixtapa porque va con su deseo de congelar su competencia atómica con Estados Unidos. Incluso anunció que prorrogará hasta enero su moratoria de ensayos nucleares. Lo malo es que al final de cuentas la política soviética al respecto está condicionada por lo que Estados Unidos haga. Desafortunadamente, y para todo propósito práctico, la opinión pública de allende el río Bravo —que tiene una actitud no muy positiva hacia las pruebas atómicas— no se enteró de la reunión de Ixtapa, y el gobierno norteamericano —que si se enteró— rechazó de inmediato, sin mucha ceremonia, la idea de suspender los ensayos atómicos.

PARA que cosas como las que se dijeron en Ixtapa hubieran llegado a oídos de la opinión pública norteamericana y de Ronald Reagan, habría sido necesaria una de dos cosas: convocar a la mayoría de los jefes de Estado del mundo —una reunión mamut— para gritar con la fuerza que dan los números que el mundo no quiere la "Guerra de las Galaxias" ni cosa parecida. La alternativa a la cantidad era la calidad, es decir tener como voceros del movimiento de estados anti-nucleares a un puñado de gobiernos —quizá también seis— que esgrimieran frente a Estados Unidos credenciales de moral política nacional e internacional intachables o casi; en Ixtapa sólo Suecia cumplía con ese requisito.

★

EN contraste con Ixtapa, la visita de Miguel de la Madrid a Washington si tuvo una gran cobertura de los medios de información de aquí y de allá, quizá más de lo que era deseable. Nuestro presidente no fue a Washington a defender los derechos de la Humanidad, sino el interés nacional de México y, sobre todo, el interés de su gobierno y del

regimen. La tensión entre los gobiernos de México y Estados Unidos es lo que motivó esta reunión de mandatarios —la segunda en lo que va del año. Estados Unidos ha presionado y sigue presionando al gobierno mexicano para que éste se haga más eficiente en un área que hoy ocupa uno de los primeros lugares en la agenda de política interna norteamericana: la lucha contra las drogas, y sobre todo para que introduzca cambios sustanciales en su sistema político y económico, a fin de prevenir su bancarrota en el futuro.

La reunión cumbre de Washington consiguió para el gobierno mexicano una tregua en su lucha con la administración de Ronald Reagan, pero de ninguna manera logró una solución de fondo, permanente. En mi opinión, mientras el régimen mexicano se encuentre debilitado por sus enormes problemas económicos y sus errores políticos, la

presión norteamericana va a seguir. Prueba de ello es que más tardó De la Madrid en abandonar Washington que en estallar un nuevo escándalo ("horrenda historia" le llamó el Washington Post): el de Victor Cortez, agente de narcóticos norteamericano supuestamente torturado por policías de Guadalajara.

En una entrevista que Newsweek le hizo a Zbigniew Brzezinski a raíz de la publicación de su último libro sobre geoestrategia —y que le valió una felicitación personal del Presidente Reagan— el antiguo asesor presidencial norteamericano para seguridad nacional sostuvo que Estados Unidos deberá "meter al orden" al gobierno de México para forzarlo a cambiar sus estructuras políticas y económicas, pues si algo pasa en México los problemas estratégicos que hoy tiene Estados Unidos en Eurasia serán, en comparación, juego de niños.

En conclusión, mientras Estados Unidos vea a México como un problema geopolítico en potencia, ninguna reunión cumbre va a detener sus presiones. Y México será visto como problema por Washington, en tanto no encontremos una salida de fondo a la pérdida de legitimidad y de viabilidad política y económica de nuestro sistema.

En principio, pues, la solución a las tensiones en la relación con Estados Unidos está más aquí que allá. En estas condiciones, las reuniones en la cumbre pueden tener alguna utilidad pero no mucha. Sólo una gran fuerza interna basada en la legitimidad puede ser la base para enfrentar con éxito la presión norteamericana.

